

- PAUL EDDY
- HUGO SABOGAL
- SARA WALDEN

LAS GUERRAS DE LA COCAINA

Ediciones Primer Latinoamericano Ltda.
Calle 57 No. 6-35 P. 12

Edición editorial de Ediciones Primer Latinoamericano Ltda.
para el Circulo de Lectores, S. A.
por cortesía de Ediciones B, S. A.
Queda prohibida su venta a toda persona que no pertenezca
al Circulo de Lectores

© 1988 by Investigative Reporters Inc.
© de la traducción: Ediciones B, S. A.

Reproducido por Ediciones Primer Latinoamericano Ltda.
en su sede en Bogotá, D. C. 1992

Mama Coca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

ISBN 958-38-0408-4

CIRCULO DE LECTORES

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 7
PRÓLOGO: La educación de Jack Blum 11

PRIMERA PARTE. LA EXPLOSIÓN DE LA COCAÍNA

1. El reino de los Ochoa 17
2. El tercer flagelo de la humanidad 29
3. La advertencia de Walsh 39
4. Dadeland 51
5. El nacimiento de Centac 26 63
6. Decadencia y caída 77
7. La Agrupación de Fuerzas entra en escena 93

SEGUNDA PARTE. UNA NACIÓN EN VENTA

8. Kojak 111
9. Los hombres que robaron el paraíso 129
10. La isla del Diablo 145
11. «Si juegas, pagas» 171

TERCERA PARTE. AL BORDE DE LA ANARQUÍA

12. La Orden Fraternal 193
13. Frutos del furor 213
14. Pánico en el ayuntamiento 221
15. El turno de medianoche de la Pequeña Habana 233
16. «Clintino» 247
17. El salario del pecado 261
18. Nosotros, el jurado 271

CUARTA PARTE. GUERRA SIN VOLUNTAD

19. El Cartel 285

20. «Nuestro fracaso más costoso»	301
21. Justicia precaria	321
22. La guerra de Reagan	331

FINAL DEL JUEGO

NOTAS Y FUENTES	361
GLOSARIO DE PERSONAJES	389

WARD, ERNE. Espesa de Ward.

WILLIAMS, DAVID. El teatro de los Estados Unidos que descubrió.

WYLLIE, DICK. Ayudante de los Estados Unidos.

PROLOGO. La educación de Jack Blum.

PRIMERA PARTE. LA EXPLOSIÓN DE LA COCAINA

1. El inicio de los Opson	17
2. El tercer flagelo de la humanidad	29
3. La adversidad de Walsh	39
4. Dabland	51
5. El nacimiento de Centac 30	63
6. Decadencia y caída	77
7. La Atribución de Fuerzas contra en escena	93

SEGUNDA PARTE. UNA NACIÓN EN VENTA

8. Kojak	111
9. Los hombres que roban el paraíso	129
10. La Isla del Diablo	147
11. «Si juegas pagas»	171

TERCERA PARTE. AL BORDE DE LA ANARQUÍA

12. La Orden Fraternal	193
13. Frenos del furor	213
14. Pánico en el ayuntamiento	231
15. El turno de medianoche de la Peduñía Habana	233
16. «Clinitor»	247
17. El salario del pecado	261
18. Nosotros, el jurado	271

CUARTA PARTE. GUERRA SIN VOLUNTAD

19. El Canal	287
------------------------	-----

Prólogo a la edición colombiana

Sobre juegos y guerras

*El poder es la capacidad de lograr una meta
o impedir alcanzarla.*

Hedrick Smith
The Power Game

En 1986, dos años después del asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, comenzó la preparación de este libro periodístico, cuyo propósito fue describir cómo y por qué el narcotráfico se convirtió, en muy poco tiempo, en el fenómeno de perturbación internacional de más hondas repercusiones económicas, políticas y sociales en tiempos de paz. El magnicidio de Lara Bonilla, como acertadamente lo vaticinó el semanario bogotano *Semana*, representó el final de un “juego” arriesgado y el comienzo de una “guerra” sin precedentes.

La investigación se concentró en los alcances del negocio ilícito en los Estados Unidos, y por esta razón incursionó poco en la compleja situación colombiana. Sin embargo, los puntos tratados muestran, con lujo de detalles, el aleccionador y perturbador instante de la masiva penetración del contrabando de cocaína en ese país.

Los de la cocaína han sido tiempos distintos a aquellos plácidos años del negocio de la marihuana, que, aunque con osadía, fue perpetrado sin mayores sobresaltos.

De esa época se recuerda a un curioso grupo de accidentales contrabandistas como Luis ‘Kojak’ García, personaje central en este trabajo. ‘Kojak’ esquivó la muerte con la maestría de un torero, pero fue sorprendido por un síncope cardiaco en su propia cama.

García se inició en el negocio de la “marimba” para matar el tiempo y vencer una especie de aburrimiento menopáusico y existencial. Más que un delincuente hecho y derecho, era un arriesgado jugador que finalmente optó por retirarse cuando consideró que los ases se le habían agotado. Durante su carrera, burló, repetidamente, los controles policiales, y acabó por convertirse en una figura legendaria que, por supuesto, llamó la atención de los nacientes padrinos de la cocaína. Bastó “coronar” el primer gran

cargamento de esa droga para convencerse que la nueva actividad era como saltar a una hoguera.

Como muchos de los hombres que desfilan por esta historia — abundante en alianzas y traiciones—, “Kojak” terminó convertido en informante de la DEA, obligado a revelar todo lo que atravesaba sus oídos a fin de mantener “inactivo” su largo prontuario.

En gran parte por eso, “Kojak” dio la señal de alerta sobre la inmensa ola de corrupción que se apoderó del Departamento de Policía de Miami, caso que sirvió para mostrar la forma como el dinero fácil había trastocado completamente la realidad del sur de la Florida. Pero aquí terminan las similitudes entre quienes han caído en la tentación del enriquecimiento fácil en uno y otro país. Porque el comportamiento de los traficantes cambia según el lugar de operaciones.

En su despliegue de supremacía, los capos colombianos obraron durante mucho tiempo con rigor implacable ante el desafío interpuesto por una clase política contaminada de una corrupción abierta y aberrante.

En Estados Unidos, en cambio, sus mecanismos de defensa encajan, con asombrosa precisión, dentro de un interminable juego de poderes. La astucia del criminal ha tropezado allí con el ardid policial; lo legal ha chocado con lo ilegal bajo la celosa mirada de un juez no amenazado; el oportuno y conmovedor alegato de un abogado bien remunerado ha logrado muchas veces poner en la calle a un gran capo; y policías y ladrones se han disparado, sí, pero ante la mirada de observadores que opinan sin morir por ello.

Trasladada a los campos de batalla, la pelea entre perseguidor y perseguido consiste en ser más listo que el otro. El traficante abandona su guarida y da varias vueltas a la misma manzana para detectar sabuesos en la ruta. Y el policía asume el rol del traficante hasta subir a las más altas cumbres del delito, simplemente para armar su caso.

El juego del poder, el revelador libro del periodista Hedrick Smith sobre la forma como funciona el manejo del poder en los Estados Unidos, es ilustrativo en este asunto.

Según Smith, la competitividad está incrustada en el corazón del norteamericano, para quien la vida resulta, por encima de todo, un juego donde se gana y se pierde, y no un camino de sacrificios dominado por la ética religiosa o la omnipotencia de un estricto sistema de valores.

Al más alto nivel político, los dirigentes defienden el principio de que quien juega el juego alcanza poder y tiene influencia, y que quien no se monta en el carrusel, seguramente desaparecerá en el más vil anonimato.

En Washington, desde donde se han enfilado las armas políticas contra el vertiginoso ascenso del narcotráfico, la acción se mide en puntajes y resultados, y los luchadores disponen del más refinado arsenal tecnológico para salirle al paso al delincuente. Pero este utiliza el poder de su dinero para saber cuál es exactamente el plan.

El libro explora toda esa enfermedad del juego de poderes, desde el momento mismo en que se detecta la rapidísima ascensión del tráfico de cocaína, droga que, curiosamente, se consume para afilar la astucia de la competitividad y resistir más que el contrincante.

Lo que el negocio ofrece es ni más ni menos que otra enseñanza básica del capitalismo: la ganancia. El kilo de cocaína, que en 1987 se vendía en Colombia por menos de 10.000 dólares, llegaba a cotizarse en 30.000, 40.000 o a veces hasta 65.000 dólares en los Estados Unidos. Y lo que en Colombia se empacaba como un kilo de cocaína, prácticamente pura, al llegar a manos de los minoristas se rendía apenas hasta el punto de no resultar del todo engañosa. En otras palabras, lo que en Colombia se vendía por menos de 10.000 dólares llegaba a representar tanto como 130.000 dólares para los intermediarios de Miami y Nueva York.

Sin embargo, este despliegue de fuerzas, en hombres y recursos, nunca ha podido hacer mella al tráfico ilícito de narcóticos. Una sociedad que, como regla de oro, predica ser libre y abierta, no puede levantar muros alrededor de sus fronteras. Y claro, este principio se ha convertido en otro elemento de ventaja para el criminal. El acercamiento que ofrece esta investigación, alrededor de las frustraciones de las fuerzas policiales, es útil para entender por qué la ilegalidad no sucumbe.

El juego entre el poder político y el poder delictivo llevó a crear el cargo ministerial del "Zar" antidrogas, con acceso directo al Presidente. Pero los perseguidos no se han dejado amedrantar. Se han valido de otro recurso esencial en la vida civil norteamericana: defenderse. Abogados muy bien recompensados son capaces de manipular el sistema para lograr sus fines. A esto se suma el despunte de la corrupción en las fuerzas policiales, hecho que, como también se aprecia en el trabajo, también allí se da en abundancia.

Por casi una década, el impacto del contrabando de drogas en los Estados Unidos se convirtió en un temido fantasma al que había que cazar a toda costa. Pero el inicio de los años noventa trajo otras angustias: el desmoronamiento del comunismo en Europa, el fracaso económico interno, la guerra contra Irak.

El gran desafío cambió entonces de escenario. En Colombia, la influencia y poder de los narcotraficantes se abrió camino a punta de bala e intimidaciones. El asesinato de jueces, periodistas y funcionarios gubernamentales, por oposición a las reglas de los llamados barones de la droga, puso a sucesivos gobiernos en estado de frustración. Si en las épocas de la bonanza marimbera se pudo haber acusado a una sola persona de cometer 78 homicidios a lo largo de su carrera delictiva —concretamente el contrabandista Tino Sánchez—, en las guerras internas de la cocaína se llegó a atribuir solamente a Gonzalo Rodríguez Gacha, “El Mexicano”, más de un millar.

Los magnicidios de Luis Carlos Galán, José Antequera, Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro Leongómez estuvieron a punto de desquiciar a Colombia. Pese al derramamiento de sangre, el gobierno insistió en defenderse, lo que produjo una ola terrorista dirigida no ya a blancos específicos, sino ejecutada de manera indiscriminada contra la población civil.

Al caer Rodríguez Gacha, sin embargo, la invulnerabilidad de los carteles se puso en tela de juicio, y se labró el camino del diálogo y un posible arreglo.

La jugada más hábil la gestó el gobierno del liberal César Gaviria Trujillo, que supo aprovechar el agotamiento ciudadano y el acorralamiento de los principales contrabandistas para crear una serie de condiciones jurídicas que permitieran la entrega de los fugitivos y el desmonte de las presiones terroristas.

Gaviria logró poner fin a la violencia indiscriminada, y el país rescató, lentamente, la paz ciudadana. De paso, se acabó con el clima de zozobra que parecía atentar contra su estrategia económica de apertura.

Como todo juego con principio y final, el de las guerras de la cocaína fue disminuyendo su intensidad con las condenas de Carlos Lehder y Miguel Antonio Noriega, el ex hombre fuerte de Panamá, y la entrega de Pablo Escobar Gaviria y los hermanos Ochoa. El narcotráfico, no hay que ser ingenuos, seguirá operando, pero quizás sin desestabilizar a la nación entera. O sea, con el procedimiento que tan buenos resultados les ha dado a los integrantes del Cartel de Cali, que nunca han conocido la furia del Estado, tal vez por haber sabido entender sus secretos. Falta por ver cómo reaccionarán los nuevos capos de la heroína, que apenas ahora entran en escena.

Hugo Sabogal
Bogotá, mayo de 1992

PRIMERA PARTE

La explosión de la cocaína

En una colina cerrada a la ciudad de Medellín, en el noroeste de Colombia, a la sombra de montañas escabrosas y empinadas, se encuentra una acogedora finca donde las vacas se alimentan de pasto exuberante y caballos de raza trotan libremente. Suaves brisas de la Cordillera...

*En Colombia y Bolivia,
el tráfico de cocaína sufrió una revolución.
Y en las calles de Miami hubo guerra.*

Los habitantes de este grato refugio son los Ochoa, una vieja familia de panaderos y ferreterías. Esta unidad familiar está encabezada por Fabio Ochoa, uno de los hombres más ricos e influyentes del departamento de Antioquia. Don Fabio, como todos le llaman, y doña Margoth Vásquez de Ochoa, la oculta y orgullosa matriarca de la familia, insisten en que cuando sus hijos, sus cónyuges y los hijos de sus hijos están en la casa, todos se sientan a comer juntos cada día.

Los Ochoa se presentan como una numerosa y aristocrática familia española de algunos que desciende directamente de la segunda oleada de colonos que llegaron a Colombia —en su mayoría procedentes del País Vasco— para fundar Medellín, en el valle del río Aburrá, en 1636. Estos tempranos colonos españoles toparon con la feroz resistencia de pequeños grupos de indígenas seminómadas de la región, que preferían ahorrarse a ser esclavos. Algunas tribus fueron totalmente exterminadas, otras abandonaron sus hogares, sus tierras y una extensa red de minas de oro, algunas de las cuales aún son productivas tres siglos después. Así, los Ochoa de Antioquia remiten sus orígenes a colonos de pura sangre hispana que rara vez se casaban con indígenas locales y cuya comunidad creció en progresión geométrica.

Los Ochoa aseguran que amasaron su primera fortuna con la

DADELAND

En 1961, cuando Raúl Díaz, de trece años, llegó a Miami procedente de La Habana, Monumental Properties Incorporated de Baltimore, Maryland, expresaba su «gran fe en el futuro del sur de Florida» mediante la construcción de lo que describía como un «centro comercial regional» doce kilómetros al sur de la ciudad, en lo que entonces era el bucólico Dade County.

Parecía algo más que fe ciega. El resto de los Estados Unidos podía estar en movimiento, pero poca gente de Miami se aventuraba *tan* al sur. Nadie se internaba en el cercano Dade County excepto para cazar ardillas y codornices. La Ruta 1, la mayor carretera del sur, era tan poco transitada que después de las ocho de la noche los adolescentes locales podían organizar carreras de coches sin peligro de encontrar tráfico. Con la esperanza de un futuro auge, Monumental Properties bautizó «Dadeland» a su creación; los jóvenes como Raúl Díaz y sus amigos se burlaron del nombre, y llamaron al lugar «Deadland», la tierra de los muertos.

Los urbanizadores tenían razón, por supuesto. Mientras Dadeland cobraba forma, lo mismo ocurría con los sucesos de Cuba, a sólo 300 kilómetros de distancia. Estos sucesos cambiarían Miami más profunda y aceleradamente de lo que nadie hubiera imaginado.

La verdadera naturaleza de la revolución de Fidel Castro se había vuelto innegable en 1960, cuando bruscamente organizó tribunales militares para encarcelar a cientos y luego a miles de opositores políticos, e hizo confiscar tierras y propiedades y todos los bienes pertenecientes a norteamericanos. El 3 de enero de 1961, los Estados Unidos protestaron rompiendo las relaciones con Cuba, y Cuba forjó una nueva alianza con la Unión Soviética. Así, una frágil y joven democracia murió en la infancia, y lo que

había sido una estable corriente emigratoria hacia los Estados Unidos, sobre todo a Miami, se convirtió en un alud.

En los dos primeros y benignos años de la revolución, el número total de refugiados cubanos era sólo de 64.000. A partir de 1961, y durante los siguientes veinte años, legal o ilegalmente, en «fugas hacia la libertad» autorizadas oficialmente o en balsas construidas con neumáticos, afrontando la Corriente del Golfo o vía México e incluso España, decenas y luego cientos de miles de refugiados cubanos llegaron a Miami. En 1981 había ya tantos como para que la ciudad pudiera ostentar el singular título, único en los tiempos modernos, de poseer una *mayoría* de habitantes extranjeros nacidos en tierra extranjera.

Raúl Díaz llegó a Miami en una de las primeras oleadas en julio de 1961, dejando en La Habana a su madre, una costurera, y a su padre, un profesor de educación física. Su padre era también «el mejor entrenador de béisbol de Cuba», según Díaz, y por lo tanto «indispensable» para la revolución; le llevó hasta fines de 1961 «gestionar» su visado de salida. En esa época, la «gran fe» de Monumental Properties en el futuro crecimiento de la región empezaba a aparecer como una apuesta segura.

Raúl llegó a Miami cuando el gueto de los emigrantes cubanos, conocido inevitablemente como Pequeña Habana, constituía un compacto apéndice de la ciudad, de unas veintiséis manzanas de largo por veintidós de ancho, que abarcaba una superficie de menos de seis kilómetros cuadrados. Los nuevos refugiados llegaban a razón de 1.700 por semana, de modo que la Pequeña Habana pronto no pudo albergarlos. Miami se empezó a extender hacia el oeste, hacia los Everglades, y hacia el sur, hacia Dadeland, hasta que el nuevo desarrollo desbordó los límites de la ciudad y se volcó en Dade County, que dejó de ser un condado bucólico.

En 1971, Dadeland ya no estaba lejos de todo, pues lo rodeaban nuevas y prósperas comunidades. Como reflejo de ese crecimiento, las autoridades fundaron el Metro-Dade Public Safety Department para garantizar la seguridad de las zonas suburbanas de Dade County, y Raúl Díaz se convirtió en uno de los primeros agentes hispanos del nuevo departamento de policía. Ocho años después, estas comunidades habían crecido tanto en población y actividad como para merecer su propia sección de Moralidad, Inteligencia y Narcóticos —encabezada por Díaz—, y Dadeland

iba camino de convertirse, en cuanto al volumen, en el centro comercial más activo de los Estados Unidos.

El espectacular crecimiento de Miami y sus alrededores se debió en gran medida a la iniciativa y la energía de los exiliados cubanos, cuyo avance dentro de la comunidad resultó sorprendente desde cualquier punto de vista. La expansión de Miami también se debió en gran medida al simultáneo crecimiento del narcotráfico, que, para cualquiera que no estuviese ciego, cobraba cada vez mayor importancia en la economía de la ciudad.

Observando el impacto producido en Miami por estos tres aludes —gente, drogas y dinero a raudales— Raúl Díaz esperaba, con interés profesional, a «que algo ocurriera». Actualmente, en sus memorias, le parece apropiado y simbólico que la primera conación se produjera en Dadeland.

En la tarde del miércoles 11 de julio de 1979, en pleno auge de las ventas estivales, un camión blanco de reparto con la leyenda «Happy Time Complete Party Supply» entró en la zona de aparcamiento de Dadeland. Dos hombres se apearon del camión, se encaminaron al atareado centro comercial y entraron en la tienda Crown Liquors con una bolsa de papel marrón en la mano. De ella extrajeron dos metralletas Ingram calibre 45 y sin advertencia abrieron fuego. Sus blancos específicos eran dos clientes que estaban comprando whisky Chivas Regal, pero el tiroteo fue indiscriminado. Tras liquidar a sus víctimas, acribillaron la tienda y el centro comercial mientras se alejaban, y luego la zona de aparcamiento. Cuando vaciaron las armas, las soltaron, sacaron otras y siguieron disparando. Morgan Perkins, que reaprovisionaba los estantes de Crown Liquors cuando empezó la matanza, escapó a la zona de aparcamiento sólo para verse perseguido por el camión y por las balas que disparaban desde las ventanillas. Le dieron en los dos pies mientras buscaba refugio bajo un coche estacionado.

En el *Miami Herald* del día siguiente, testigos y funcionarios competían por describir lo que había sucedido. «Fue como una película de Elliot Ness», declaró una mujer que estaba almorzando en Cozzoli's Pizzeria, al lado de Crown Liquors, cuando empezó el tiroteo.

«Fue como una película de Wyatt Earp», afirmó Charles

ba camino de convertirse, en cuanto al volumen, en el centro comercial más activo de los Estados Unidos.

El espectacular crecimiento de Miami y sus alrededores se debió en gran medida a la iniciativa y la energía de los exiliados cubanos, cuyo avance dentro de la comunidad resultó sorprendente desde cualquier punto de vista. La expansión de Miami también se debió en gran medida al simultáneo crecimiento del narcotráfico, que, para cualquiera que no estuviese ciego, cobraba cada vez mayor importancia en la economía de la ciudad.

Observando el impacto producido en Miami por estos tres aludes —gente, drogas y dinero a raudales— Raúl Díaz esperaba, con interés profesional, a «que algo ocurriera». Actualmente, en sus memorias, le parece apropiado y simbólico que la primera conmovedora se produjera en Dadeland.

En la tarde del miércoles 11 de julio de 1979, en pleno auge de las ventas estivales, un camión blanco de reparto con la leyenda «Happy Time Complete Party Supply» entró en la zona de aparcamiento de Dadeland. Dos hombres se apearon del camión, se encaminaron al atareado centro comercial y entraron en la tienda Crown Liquors con una bolsa de papel marrón en la mano. De ella extrajeron dos metralletas Ingram calibre 45 y sin advertencia abrieron fuego. Sus blancos específicos eran dos clientes que estaban comprando whisky Chivas Regal, pero el tiroteo fue indiscriminado. Tras liquidar a sus víctimas, acribillaron la tienda y el centro comercial mientras se alejaban, y luego la zona de aparcamiento. Cuando vaciaron las armas, las soltaron, sacaron otras y siguieron disparando. Morgan Perkins, que reaprovisionaba los estantes de Crown Liquors cuando empezó la matanza, escapó a la zona de aparcamiento sólo para verse perseguido por el camión y por las balas que disparaban desde las ventanillas. Le dieron en los dos pies mientras buscaba refugio bajo un coche estacionado.

En el *Miami Herald* del día siguiente, testigos y funcionarios competían por describir lo que había sucedido. «Fue como una película de Elliot Ness», declaró una mujer que estaba almorzando en Cozzoli's Pizzeria, al lado de Crown Liquors, cuando empezó el tiroteo.

«Fue como una película de Wyatt Earp», afirmó Charles

Diggs, subinspector médico de Dade County. «Esto es otro Chicago», añadió, buscando una imagen más moderna. «Me recuerda a Al Capone.» El doctor Diggs no se hallaba presente en Dadeland, pero había examinado los dos cadáveres, a los que comparó con queso de gruyere. Le dijo al *Herald* que había empezado a contar los agujeros de uno de los cuerpos y que tuvo que desistir.

Dadeland no fue la primera batalla de lo que se llegó a conocer como «Guerras de la Cocaína». Lo que llamó la atención de la policía en el episodio de Dadeland, sin embargo, fue la absoluta temeridad de los pistoleros. Quedaron asombrados al descubrir las medidas que los pistoleros habían tomado para asegurarse de que nada ni nadie se les interpusiera.

El camión de reparto con la leyenda «Happy Time» se encontró abandonado en otro sector de la zona de aparcamiento de Dadeland, a trescientos metros de donde empezara el tiroteo. Lo habían comprado de primera mano, tres semanas atrás, por 10.000 dólares en efectivo, y luego lo habían «preparado» con pericia: blindaje de sesenta milímetros, cañoneras, cristal unidireccional, seis chalecos antibala. También estaba equipado con una ametralladora, dos carabinas, cinco pistolas y una escopeta del calibre 12, con munición para todas estas armas; y emplearon todas las armas. Las balas de la escopeta fueron modificadas mediante el reemplazo de los perdigones por bolas de acero.

«¿Se imaginan lo que habría ocurrido si un policía de tráfico hubiera intentado detener ese camión?», preguntó un portavoz policial a los periodistas. Pidió a los medios informativos que avisaran al público para que estuviera atento a similares «carros de guerra». Dado que en Miami había empresas de suministros para fiestas con nombres como «Happy Days» y «Party Times» que tenían camiones de ese tipo, su advertencia sembró el pánico en Dade County.

Raúl Díaz recuerda lo de Dadeland como «una brusca patada en el trasero». Para él, fue la primera prueba seria de que algo muy significativo empezaba a ocurrir en el negocio de la droga. Entonces no comprendió la causa, pero le resultó evidente que el negocio de la droga en el sur de Florida se estaba volviendo tan vasto, penetrante y lucrativo, que se hallaba tan arraigado en Miami y era algo tan común, que los involucrados ya no se sentían constreñidos por ninguna regla; que, al igual que los hampo-

nes de la Prohibición, harían cualquier cosa por consolidar y expandir sus negocios. Díaz también creía que las fuerzas legales habían perdido el control, que eran inferiores en número y armamento. Esperaba la oportunidad de hacer algo al respecto. En 1980, a los treinta y dos años, lo ascendieron a teniente y se trasladó a la primera línea: Homicidios.

Nadie fue acusado jamás por la «matanza de Dadeland» y, oficialmente, el caso permanece abierto. La causa aproximada fue fácil de determinar: un ajuste de cuentas entre dos bandas rivales de traficantes, ambas colombianas. Pero la policía tardó bastante en averiguar con exactitud qué y quién se encontraba detrás de este acto de extrema violencia. El 16 de noviembre de 1982, un «informador confidencial» se sentó frente a un detective de narcóticos del departamento de Metro-Dade y describió los detalles de su breve pero animada carrera delictiva.

Se trataba de un joven colombiano llamado Hugo Echevarría Brand, y su relato resultó fascinante, no sólo porque ayudó a explicar el episodio de Dadeland y situar la «matanza» en un contexto, sino porque también describía los entresijos de una «familia» de traficantes de cocaína de Medellín. La familia era notable por su violencia y por el hecho de que la dirigía una mujer.

Echevarría contaba catorce años y era miembro de una pandilla callejera de Medellín cuando mató por primera vez. La muerte —de un miembro de una pandilla rival— fue ejecutada con tanta destreza que impresionó a Miguel Sepúlveda, conocido como «Paco», quien sólo tenía veinticuatro años pero era ya miembro destacado de una importante banda de traficantes. Paco hizo buscar a Echevarría, que estaba escondido, y le sugirió que «conociera al jefe».

Griselda Blanco de Trujillo alardeaba de ser la «Madrina» del tráfico de cocaína, y bautizó a su cuarto hijo Michael Corleone, por el personaje representado por Al Pacino en el filme *El padrino*. El juez federal norteamericano que finalmente los sentenció a ella y a sus tres primeros hijos a prolongados períodos en la cárcel pensaba que se parecía más a «Ma» Barker, una gángster norteamericana de los tiempos de la Depresión que encabezaba lo que literalmente era una familia de delincuentes: «Si alguna vez hubo un caso, aparte del de “Ma” Barker, que haya demos-

trado cuál *no* debe ser la influencia de una madre, es éste», declaró el juez. «Es lo más increíble que he visto.»

«Ma» Blanco era una carterista de Medellín que se inició en el tráfico de cocaína y progresó mediante el matrimonio. Cada uno de sus esposos era un traficante más importante que el anterior, y todos resultaron muertos en Colombia: fue viuda cuatro veces en total. Su último esposo (hasta la fecha, al menos) fue el hermano de Paco; Paco, pues, era un miembro de confianza de la organización de «Ma» Blanco. Cuando Paco le presentó a un diestro asesino de catorce años como recluta potencial, ella lo aceptó sin titubeos, y el joven Echevarría se encontró camino de los Estados Unidos. Puesto que las autoridades colombianas lo buscaban por asesinato, le dieron documentos falsos que lo identificaban como camarero de Avianca, la compañía aérea nacional. Realizó tareas de camarero una sola vez, en viaje a Panamá. Allí lo embarcaron en un avión privado con rumbo a las Bahamas, desde donde viajó a Miami Beach en lancha. En la playa fue recibido por un grupo de colombianos que le pidieron sus documentos falsos y los destruyeron. Luego lo condujeron al aeropuerto y lo embarcaron en un vuelo comercial a Nueva York. Una vez más fue recibido por un grupo de compatriotas, que en esta ocasión le llevaron a una «caleta» o escondrijo, un apartamento de Nueva York donde almacenaban cocaína. Durante los siguientes ocho meses, mientras estaba a prueba, Echevarría actuó como guardaespaldas en las entregas de cocaína, que promediaban los noventa kilos y llegaban aproximadamente cada tres semanas.

Según la descripción que Echevarría facilitó después a la policía, la organización Blanco operaba como una «hermandad» de bandas independientes que compartían los riesgos y los recursos de Griselda Blanco, y actuaban a sus órdenes. Pero a veces algunas bandas rompían con Blanco, y por lo común pretendían rivalizar con ella; en tal caso se declaraba la guerra.

En este aspecto, el relato de Echevarría quedó confirmado por otro informador que confesó a la policía en agosto de 1982, impulsado por el miedo. Era dueño de una tienda de animales en Miami, y había vendido varios perros costosos a una mujer que se llamaba Leonela Arias pero usaba un nombre más pomposo: Leonela de Brand. El dueño de la tienda de animales se enredó con la hija de Leonela, y casi sin darse cuenta se vio implicado en los asuntos de la familia. Se convirtió en escolta de Leonela

en los actos públicos y, para su alarma, en su confidente. Ella le contó que estaba en el negocio de la cocaína, y también le habló de robos de mercancía por valor de 20 millones de dólares, de batallas con metralletas y de cadáveres en el maletero de los coches.

Lo que Leonela no le explicó —afortunadamente, quizá, para sus nervios— fue cómo se había iniciado en el negocio de la cocaína, en Medellín. Mandó matar a su marido y luego utilizó el dinero del seguro para ingresar en la «hermandad» de Blanco. Las dos mujeres se llevaban bien, hasta que Leonela se volvió demasiado independiente y Blanco empezó a considerarla una amenaza. Leonela fue asesinada el 17 de agosto de 1982 en Medellín, mientras se dirigía al funeral de una amiga asesinada el día anterior. Su hija, que iba con ella en el automóvil cuando le dispararon pero que resultó ilesa, declaró que no estaba sorprendida; intuía que su madre «no duraría mucho».

Entretanto, tras demostrar ser digno de confianza, Echevarría recibió tareas de mayor responsabilidad en la organización Blanco y fue transferido de Nueva York a Miami. Viajó con Paco, su mentor, en un coche que transportaba dos millones de dólares. Ninguno de los dos iba armado, por temor a que los detuviera la policía. Sin embargo, por si alguien más intentaba detenerlos, llevaban como escolta una camioneta Blazer llena de colombianos bien provistos de metralletas y otras armas automáticas.

El nuevo puesto de Echevarría estaba en otra «caleta», situada en Miami y dedicada al almacenamiento de dinero. Fue el guardián de la casa durante un año, y vio incontables millones de dólares empacados en maletas con doble fondo que eran transportadas fuera de los Estados Unidos por «mulas», o escondidas en refrigeradores que se exportaban a Colombia. También fue testigo de los celos y rivalidades que sumirían a la organización Blanco en dos cruentas guerras intestinas.

La primera comenzó con un inequívoco acto de traición en 1975, cuando Juan Guillermo, uno de los supervisores de confianza de Blanco, robó poco más de dos millones de dólares de la «caleta» de Miami y huyó a Colombia. Guillermo empleó el dinero en contratar trabajadores y pistoleros, y regresó a Miami con ellos, resuelto a adueñarse de una parte del mercado de Blanco. Blanco ordenó a Paco que lo detuviera.

El detallado relato en que Echevarría describe la guerra resultante, en parte contada por experiencia directa, resulta más escalofriante por su simplicidad: dos hombres asesinados en Miami Beach y sus cuerpos eliminados; el asesino liquidado a su vez, conducido a una trampa por una bonita muchacha; tres intentos de acabar con Guillermo en Miami, todos los cuales fracasaron, uno de ellos porque utilizó a su novia como escudo; ella recibió los balazos, pero él escapó. La organización Blanco lo sorprendió por fin en Medellín, donde lo mataron.

La segunda guerra intestina fue mucho peor. Comenzó en Miami en 1978 cuando, una vez más, una de las bandas de la hermandad de Blanco intentó romper con el resto y, una vez más, le ordenaron a Paco que restableciera el orden. Esta guerra se convirtió en algo muy personal para Paco porque sus oponentes irrumpieron en su casa de Miami, mataron a dos de sus hombres y violaron a su esposa.

En este caso, el relato de Echevarría, tal como lo registró un informe de inteligencia de la policía, sólo es comprensible para quienes entienden la jerga del negocio de la droga, para quienes conocen los antecedentes y las lealtades de los traficantes, que invariablemente usan un alias. Empero, aun para los no iniciados, es fácil captar la atrocidad de lo sucedido:

Después de estas muertes, «Cumbamba» fue a buscar a «Gamín» y lo encontró residiendo en un apartamento de Miami. «Gamín» estaba en el apartamento con otros dos colombianos. Lo esposaron, lo sacaron del apartamento y lo llevaron a una camioneta después de matar a los otros dos y abandonarlos en el apartamento... Luego llevaron a «Gamín» a la «caleta», que estaba en las cercanías de la armería Tamiami. Lo torturaron en la «caleta» con el propósito de obtener el nombre de los ejecutores de los susodichos homicidios. «Cumbamba» le disparó luego a «Gamín» en la cabeza, limpió la sangre del cadáver y lo guardó en una caja. Arrojaron la caja en un sitio desconocido.

Puede parecer exagerado, pero en noviembre de 1982, cuando se transcribió la declaración de Echevarría, todo detective de homicidios de Dade County estaba habituado a cosas peores.

Extracto del resumen del caso de la policía de Metro-Dade, caso número 7229-B, fechado 7 de enero de 1981:

Nuevas investigaciones revelaron que la víctima había recibido fuertes golpes en la cara, había sido estrangulada con una ligadura desconocida, había recibido un balazo en el lado izquierdo de la cara, justo debajo del ojo, y otro balazo debajo de la mandíbula inferior. Las abrasiones postmórtem de la cavidad del pecho indicaban que la víctima fue arrastrada sobre una superficie desconocida. También cabe señalar que la víctima tenía cuatro o cinco costillas rotas.

Extracto del caso número 8353-B, fechado 8 de enero de 1981:

Se encontró a las dos víctimas arrojadas en un camino de tierra... Se las había maniatado, sujetado con cinta adhesiva y amordazado con calcetines y cinta plástica. Se había tapado la cabeza de ambas víctimas con bolsas de plástico de color verde para basura y luego se les había disparado a través de las bolsas.

Extracto del caso número 144851-B, fechado 1 de mayo de 1981:

Se encontró a la víctima maniatada, envuelta en bolsas de plástico para basura y metida en una caja de cartón marrón. El exterior de la caja estaba recubierto con cinta de revestimiento plateada...

Extracto del caso 371778-A, fechado 8 de noviembre de 1980:

La muerte de las víctimas se había producido aproximadamente dos días antes. A la mujer le habían cortado una oreja, y dicha oreja no se ha encontrado hasta la fecha. Ambas víctimas habían recibido múltiples disparos en la nuca y la base del cráneo.

Extracto del caso número 337215-V, sin fecha:

Las piernas de la víctima fueron cortadas a la altura de las rodillas, y los brazos a la altura de los hombros. Hubo un infructuoso intento de cortar la cabeza de la víctima...

Pero al menos estos actos atroces se realizaron en privado, en casas o en los márgenes de caminos desiertos, donde el público no peligraba. Echevarría explicó el flagrante desprecio por la seguridad del público en Dadeland diciendo que fue producto de la confusión. Griselda Blanco tenía tanto interés en la muerte de aquel hombre que había dado el contrato por su vida a *dos* bandas. Los miembros de ambas bandas lo encontraron en Dadeland y, según Echevarría, al menos parte de los disparos se produjeron entre ellos, «sin advertir que estaban del mismo lado».

Su objetivo era un traficante colombiano de treinta y dos años llamado Germán Panesso. Echevarría no mencionó qué había

hecho Panesso para provocar el enfado de Blanco, y los funcionarios norteamericanos, que aceptan que la culpable fue Griselda Blanco, ofrecen dos explicaciones contradictorias: que Panesso había robado cuarenta kilos de cocaína a la organización Blanco, y, por el contrario, que Blanco debía dinero a Panesso y hacerlo matar era un modo de saldar la deuda.

Fuera cual fuese la razón, la primera víctima del enfrentamiento no fue Panesso sino su sirvienta, una colombiana de cuarenta y nueve años con varias detenciones por robo de objetos en tiendas. El 17 de abril de 1979, su cuerpo en descomposición apareció en un remoto lugar de Dade County. La habían apuñalado tres veces en el pecho, aunque estas heridas no habrían acabado con ella. Lo más probable es que la asfixiase la cinta adhesiva que le tapaba la boca o la cuerda que le rodeaba el cuello. Estaba esposada, y sus pies se hallaban firmemente sujetos.

Los hechos posteriores sugieren que Panesso no tomó a la ligera la muerte de su sirvienta, y que estaba dispuesto a pagar con la misma moneda. Seis días después del hallazgo del cadáver, los viajeros del Florida Turnpike se sorprendieron al ver un Audi perseguido por un Grand Prix en la autopista. Los ocupantes de ambos coches se disparaban unos a otros con metralletas. La batalla sobre ruedas continuó durante varios kilómetros a lo largo de calles residenciales y por la Ruta 1, hasta que la policía intervino y bloqueó la carretera. El Grand Prix abandonó la persecución y viró en redondo. Entonces se inició una nueva persecución a través de South Dade, esta vez con coches policiales en pos del Audi, cuyos ocupantes continuaban disparando sus armas.

Por último, el Audi fue abandonado y el conductor y sus dos o tres pasajeros escaparon a pie.

Hubo un ocupante que no pudo huir: en el maletero del Audi apareció el cuerpo de un hombre esposado y maniatado, con una cuerda alrededor del cuello y cinta adhesiva en la boca, igual que la sirvienta de Panesso. Como ella, había muerto por asfixia.

El Audi era de Panesso. La víctima, un tal Jaime Suescún, pertenecía a una banda rival de traficantes colombianos. La «voz de la calle», que era lo único de que disponía la policía, aseguraba que Suescún había muerto a causa de «un fallido negocio con narcóticos entre los ocupantes del Audi y del Grand Prix», en palabras del sumario del caso. Pero el estilo del homicidio de Sues-

ción, con su notable similitud con la muerte de la sirvienta, sugiere que Panesso también quería comunicar un mensaje a sus enemigos: les haría a ellos lo que le hicieran a él.

Y en cierto modo fue así, aun después de la muerte de Panesso y sus guardaespaldas, en Dadeland, tres meses más tarde.

Dadeland marcó el comienzo de una serie de guerras que se libraron en público en Miami, sin cuidado ni preocupación por otras posibles víctimas. La gente era tiroteada en centros comerciales, en restaurantes y en cruces atestados durante las horas de mayor tráfico.

José Castro Osuna, guardaespaldas de Paco, se dirigía a un local de McDonald's para almorzar cuando lo ametrallaron desde una camioneta. Las balas sólo le rozaron el cuello, pero dos de ellas alcanzaron a su hijo de tres años en la cabeza, matándolo al instante.

Raúl Díaz, en su nuevo puesto de Homicidios, llegó a la conclusión de que para las bandas rivales colombianas Dade County era una zona de guerra donde no había civiles ni inocentes; los «malditos traficantes colombianos» matarían a cualquiera que se les pusiera por delante.

Joe Díaz, que no era pariente de Raúl pero sí uno de sus detectives más valiosos, llegó a la misma conclusión cuando acudió a la escena de un homicidio en una lujosa casa de Kendall, la urbanización a la que atiende Dadeland. Mientras iba hacia allí desde Miami, otros agentes le informaron por radio de lo que habían encontrado en el lugar: un cuerpo, luego dos, luego tres, luego cuatro. Cuando Díaz llegó a la casa, la cuenta definitiva era de seis: cuatro hombres maniatados y estrangulados, y dos mujeres tiroteadas. La matanza de los «Seis de Kendall» nunca se aclaró oficialmente, pero existe la certidumbre de que al menos dos de las víctimas eran del todo inocentes; la única culpa del jardinero y la criada fue encontrarse allí.